



**FILOSOFÍA EN LA
ESCENA PÚBLICA**

**COLUMNAS DE
OPINIÓN SOBRE
COVID-19**

2020 VOL. 1

EDITOR
ALEJANDRO GARRIDO

Presentación

La humanidad está atravesando por una de las mayores crisis sanitarias que la historia contemporánea recuerde, solo comparable con la Gripe Española desatada hace un siglo, que dejó un saldo 50 millones de decesos en pleno desarrollo de la Primera Guerra Mundial. Esta crisis llega en un momento en que el ser humano creyó haber logrado controlar las inclemencias de la naturaleza, esto por la enorme inversión en avances tecnológicos aplicados a la medicina, que supusieron que este virus, el denominado COVID-19, no sería más que otro brote patógeno fácil de aislar, estudiar y combatir... Al parecer fue más que eso.

Cuando se despertó la alarma en la ciudad China de Wuhan el diciembre pasado, el mundo miró con atención el desarrollo de la epidemia, pero las personas siguieron viajando, el mercado continuó su flujo, siendo muy pocos los que captaban con preocupación el mensaje que llegaba de la ciudad nipona, movidos por la desconfianza generada por el control de información que caracteriza a esa nación. Hoy con la pandemia ya declarada, con miles de muertos diariamente en naciones consideradas del primer mundo como Italia, España y Estados Unidos, cabe preguntarse ¿Por qué no se tomó con la seriedad suficiente al virus cuando los chinos comenzaron a construir hospitales temporales con capacidad de 10 mil personas y adecuar hoteles como medida de contención? ¿No fue esa la alarma definitiva para movilizar acciones concretas para detener el avance del COVID-19? O como proponen algunos críticos ¿No será necesario para el control del orden mundial que una crisis de esta envergadura se tomara, a través del miedo, el poder económico?

En las siguientes páginas se dejan las reflexiones de filósofos de diversos rincones del mundo que comenzaron a pensar en torno a esta crisis sanitaria. Desde Estados Unidos, habla la filósofa feminista Judith Butler; el mundo oriental lo representa el best seller coreano-alemán Byung-Chul Han; luego se reflexiona en torno a la postura de la periodista y activista canadiense Naomi Klein, recordada por su obra crítica *La doctrina del Shock*; se da paso luego al polémico filósofo marxista Slavoj Žižek, proveniente de Eslovenia; posteriormente nos detenemos en el análisis del colombiano Jaime Santamaría, que trae las reflexiones inconclusas de pensadores como el italiano Giorgio Agamben y el francés Jean Luc Nancy; se continúa con las reflexiones del sistema educativo chileno de Constanza Herrera y Jaime Retamal; luego se recorre el pensamiento del francés Edgar Morin; para finalizar con el británico, crítico marxista, David Harvey.

Alejandro Garrido, Profesor de Filosofía, Editor

Judith Butler sobre coronavirus y poder: de Trump a la enfermedad de la desigualdad

Por Judith Butler. 19 March 2020. Artículo original: Capitalism Has its Limits

Traducido al español por Anabel Pomar para lavaca.org

21 de marzo, 2020

La filósofa y feminista Judith Butler* escribe sobre la pandemia de COVID-19 y sus crecientes efectos políticos y sociales en Estados Unidos.



El aislamiento obligatorio coincide con un nuevo reconocimiento de nuestra interdependencia global durante el nuevo tiempo y espacio que impone la pandemia. Por un lado, se nos pide secuestrarnos en unidades familiares, espacios de vivienda compartidos o domicilios individuales, privados de contacto social y relegados a esferas de relativo aislamiento; por otro lado, nos enfrentamos a un virus que cruza rápidamente las fronteras, ajeno a la idea misma del territorio nacional.

¿Cuáles son las consecuencias de esta pandemia al pensar en la igualdad, la interdependencia global y nuestras obligaciones mutuas?

El virus no discrimina. Podríamos decir que nos trata por igual, nos pone igualmente en riesgo de enfermar, perder a alguien cercano y vivir en un mundo de inminente amenaza. Por cierto, se mueve y ataca, el virus demuestra que la comunidad humana es igualmente frágil. Al mismo tiempo, sin embargo, la incapacidad de algunos estados o regiones para prepararse con anticipación (Estados Unidos es quizás el miembro más notorio de ese club), el refuerzo de las políticas nacionales y el cierre de las fronteras (a menudo acompañado de racismo temeroso) y la llegada de empresarios ansiosos por capitalizar el sufrimiento global, todos dan testimonio de la rapidez con la que la desigualdad radical, que incluye el nacionalismo, la supremacía blanca, la violencia contra las mujeres, las personas *queer* y trans, y la explotación capitalista encuentran formas de reproducir y fortalecer su poderes dentro de las zonas pandémicas. Esto no debería sorprendernos.

La política de atención médica en los Estados Unidos pone esto en relieve de una manera singular. Un escenario que ya podemos imaginar es la producción y comercialización de una vacuna efectiva contra el COVID-19. Claramente desesperado por anotarse los puntos políticos que aseguren su reelección, Trump ya ha tratado de comprar (con efectivo) los derechos exclusivos de los Estados

Unidos sobre una vacuna de la compañía alemana, CureVac, financiada por el gobierno alemán. El Ministro de Salud alemán, con desagrado, confirmó a la prensa alemana que la oferta existió. Un político alemán, Karl Lauterbach, comentó: *«La venta exclusiva de una posible vacuna a los Estados Unidos debe evitarse por todos los medios. El capitalismo tiene límites»*. Supongo que se opuso a la disposición de «uso exclusivo» y que este rechazo se aplicará también para los alemanes. Esperemos que sí, porque podemos imaginar un mundo en el que las vidas europeas son valoradas por encima de todas las demás: vemos esa valoración desarrollarse violentamente en las fronteras de la Unión Europea.

No tiene sentido preguntar de nuevo, ¿En qué estaba pensando Trump? La pregunta se ha planteado tantas veces en un estado de exasperación absoluta que no podemos sorprendernos. Eso no significa que nuestra indignación disminuya con cada nueva instancia de auto-engrandecimiento inmoral o criminal. Pero de tener éxito en su empresa y lograr comprar la potencial vacuna restringiendo su uso solo a ciudadanos estadounidenses, ¿cree que esos ciudadanos estadounidenses aplaudirán sus esfuerzos, felices de ser liberados de una amenaza mortal cuando otros pueblos no lo estarán? ¿Realmente amarán este tipo de desigualdad social radical, el excepcionalismo estadounidense, y valorarán, como él mismo definió, un acuerdo brillante? ¿Imagina que la mayoría de la gente piensa que es el mercado quién debería decidir cómo se desarrolla y distribuye la vacuna? ¿Es incluso posible dentro de su mundo insistir en un problema de salud mundial que debería trascender en este momento la racionalidad del mercado? ¿Tiene razón al suponer que también vivimos dentro de los parámetros de esa manera de ver al mundo?

Incluso si tales restricciones sobre la base de la ciudadanía nacional no llegaran a aplicarse, seguramente veremos a los ricos y a los que poseen seguros de cobertura de salud apresurarse para garantizarse el acceso a dicha vacuna cuando esté disponible, aun cuando esto implique que solo algunos tendrán acceso y otros queden condenados a una mayor precariedad.

La desigualdad social y económica asegurará que el virus discrimine. El virus por sí solo no discrimina, pero los humanos seguramente lo hacemos, modelados como estamos por los poderes entrelazados del nacionalismo, el racismo, la xenofobia y el capitalismo. Es probable que en el próximo año seamos testigos de un escenario doloroso en el que algunas criaturas humanas afirmarán su derecho a vivir a expensas de otros, volviendo a inscribir la distinción espuria entre vidas dolorosas e ingratas, es decir, aquellos quienes a toda costa serán protegidos de la muerte y esas vidas que se considera que no vale la pena que sean protegidas de la enfermedad y la muerte.

Todo esto acontece contra la carrera presidencial en los Estados Unidos dónde las posibilidades de Bernie Sanders de asegurarse la nominación demócrata parecieran ahora ser muy remotas, aunque

no estadísticamente imposibles. Las nuevas proyecciones que establecen a Biden como el claro favorito son devastadoras durante estos tiempos precisamente porque Sanders y Warren defendieron el “*Medicare para Todos*”, un programa integral de atención médica pública que garantizaría la atención médica básica para todos en el país. Tal programa pondría fin a las compañías de seguros privadas impulsadas por el mercado que regularmente abandonan a los enfermos, exigen gastos de bolsillo que son literalmente impagables y perpetúan una brutal jerarquía entre los asegurados, los no asegurados y los no asegurables. El enfoque socialista de Sanders sobre la atención médica podría describirse más adecuadamente como una perspectiva socialdemócrata que no es sustancialmente diferente de lo que Elizabeth Warren presentó en las primeras etapas de su campaña. En su opinión, la cobertura médica es un «derecho humano» por lo que quiere decir que todo ser humano tiene derecho al tipo de atención médica que requiere. Pero ¿por qué no entenderlo como una obligación social, una que se deriva de vivir en sociedad los unos con los otros? Para lograr el consenso popular sobre tal noción, tanto Sanders como Warren tendrían que convencer al pueblo estadounidense de que queremos vivir en un mundo en el que ninguno de nosotros niegue la atención médica al resto de nosotros. En otras palabras, tendríamos que aceptar un mundo social y económico en el que es radicalmente inaceptable que algunos tengan acceso a una vacuna que pueda salvarles la vida cuando a otros se les debe negar el acceso porque no pueden pagar o no pueden contar con un seguro médico que lo haga.

Una de las razones por las que voté por Sanders en las primarias de California junto con la mayoría de los demócratas registrados es porque él, junto con Warren, abrió una manera de reimaginar nuestro mundo como si fuera ordenado por un deseo colectivo de igualdad radical, un mundo en el que nos unimos para insistir en que los materiales necesarios para la vida, incluida la atención médica, estarían igualmente disponibles sin importar quiénes somos o si tenemos medios financieros. Esa política habría establecido la solidaridad con otros países comprometidos con la atención médica universal y, por lo tanto, habría establecido una política transnacional de atención médica comprometida con la realización de los ideales de igualdad. Surgen nuevas encuestas que reducen la elección nacional a Trump y Biden precisamente cuando la pandemia acecha la vida cotidiana, intensificando la vulnerabilidad de las personas sin hogar, los que no poseen cobertura médica y los pobres.

La idea de que podríamos convertirnos en personas que desean ver un mundo en el que la política de salud esté igualmente comprometida con todas las vidas, para dismantelar el control del mercado sobre la atención médica que distingue entre los dignos y aquellos que pueden ser fácilmente abandonados a la enfermedad y la muerte, estuvo brevemente vivo. Llegamos a entendernos de manera diferente cuando Sanders y Warren ofrecieron esta otra posibilidad. Entendimos que podríamos comenzar a pensar y valorar fuera de los términos que el capitalismo nos impone. Aunque Warren ya no es un candidato y es improbable que Sanders recupere su impulso, debemos preguntarnos,

especialmente ahora, ¿por qué seguimos oponiéndonos a tratar a todas las vidas como si tuvieran el mismo valor? ¿Por qué algunos todavía se entusiasman con la idea de que Trump asegure una vacuna que salvaguarde la vida de los estadounidenses (como él los define) antes que a todos los demás?

La propuesta de salud universal y pública revitalizó un imaginario socialista en los Estados Unidos, uno que ahora debe esperar para hacerse realidad como política social y compromiso público en este país. Desafortunadamente, en el momento de la pandemia, ninguno de nosotros puede esperar. El ideal ahora debe mantenerse vivo en los movimientos sociales que están menos interesados en la campaña presidencial que en la lucha a largo plazo que nos espera. Estas visiones compasivas y valientes que reciben las burlas y el rechazo del realismo capitalista tenían suficiente recorrido, llamaban la atención, provocando que un número cada vez mayor, algunos por primera vez, desearan un cambio en el mundo.

Ojalá podamos mantener vivo ese deseo.

*Judith Butler es una filósofa y teórica de género estadounidense cuyo trabajo ha influido en la teoría política, la filosofía, la ética, el feminismo, la teoría queer, la cultura y la psique. En su último libro, "The Force of Nonviolence" (El Poder de la No Violencia), ella «presenta un argumento descomunal: que nuestros tiempos, o tal vez todos los tiempos, exigen imaginar una forma completamente nueva para que los humanos vivan juntos en el mundo, un mundo de lo que Butler llama igualdad radical.» [Entrevista en New Yorker].

La emergencia viral y el mundo de mañana. Byung-Chul Han, el filósofo surcoreano que piensa desde Berlín

Por Byung-Chul Han*

Traducido al español por Alberto Ciria, para elpaís.com

22 de marzo, 2020

Los países asiáticos están gestionando mejor esta crisis que Occidente. Mientras allí se trabaja con datos y mascarillas, aquí se llega tarde y se levantan fronteras.

El coronavirus está poniendo a prueba nuestro sistema. Al parecer Asia tiene mejor controlada la pandemia que Europa. En Hong Kong, Taiwán y Singapur hay muy pocos infectados. En Taiwán se registran 108 casos y en Hong Kong 193. En Alemania, por el contrario, tras un período de tiempo mucho más breve hay ya 15.320 casos confirmados, y en España 19.980 (datos del 20 de marzo). También Corea

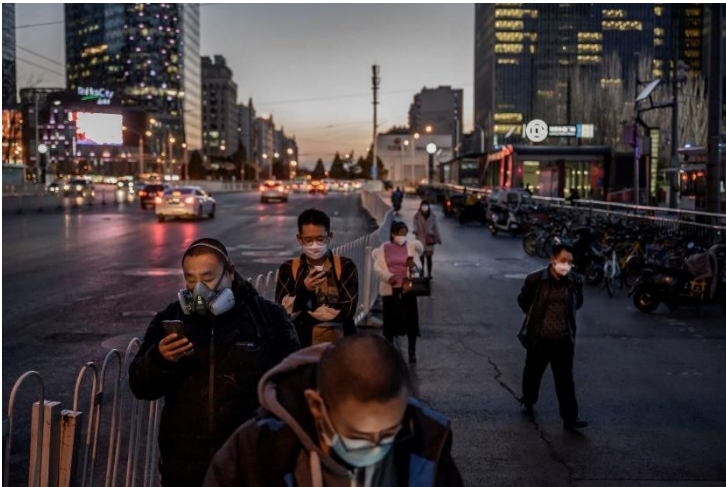


del Sur ha superado ya la peor fase, lo mismo que Japón. Incluso China, el país de origen de la pandemia, la tiene ya bastante controlada. Pero ni en Taiwán ni en Corea se ha decretado la prohibición de salir de casa ni se han cerrado las tiendas y los restaurantes. Entre tanto ha comenzado un éxodo de asiáticos que salen de Europa. Chinos y coreanos quieren regresar a sus países, porque ahí se sienten más seguros. Los precios de los vuelos se han multiplicado. Ya apenas se pueden conseguir billetes de vuelo para China o Corea.

Europa está fracasando. Las cifras de infectados aumentan exponencialmente. Parece que Europa no puede controlar la pandemia. En Italia mueren a diario cientos de personas. QUITAN los respiradores a los pacientes ancianos para ayudar a los jóvenes. Pero también cabe observar sobreactuaciones inútiles. Los cierres de fronteras son evidentemente una expresión desesperada de soberanía. Nos sentimos de vuelta en la época de la soberanía. El soberano es quien decide sobre el estado de excepción. Es soberano quien cierra fronteras. Pero eso es una huera exhibición de soberanía que no sirve de nada. Serviría de mucha más ayuda cooperar intensamente dentro de la Eurozona que cerrar fronteras a lo loco. Entre tanto también Europa ha decretado la prohibición de entrada a extranjeros: un acto totalmente absurdo en vista del hecho de que Europa es precisamente adonde nadie quiere venir. Como mucho, sería más sensato decretar la prohibición de salidas de europeos, para proteger al mundo de Europa. Después de todo, Europa es en estos momentos el epicentro de la pandemia.

LAS VENTAJAS DE ASIA

En comparación con Europa, ¿qué ventajas ofrece el sistema de Asia que resulten eficientes para combatir la pandemia? Estados asiáticos como Japón, Corea, China, Hong Kong, Taiwán o Singapur tienen una mentalidad autoritaria, que les viene de su tradición cultural (confucianismo). Las personas son menos renuentes y más obedientes que en Europa. También confían más en el Estado. Y no solo en China, sino también en Corea o en Japón la vida cotidiana está organizada mucho más estrictamente que en Europa. Sobre todo, para enfrentarse al virus los asiáticos apuestan fuertemente por la vigilancia digital. Sospechan que en el big data podría encerrarse un potencial enorme para defenderse de la pandemia. Se podría decir que en Asia las epidemias no las combaten solo los virólogos y epidemiólogos, sino sobre todo también los informáticos y los especialistas en macrodatos. Un cambio de paradigma del que Europa todavía no se ha enterado. Los apologetas de la vigilancia digital proclamarían que el big data salva vidas humanas.



Ciudadanos chinos, todos ellos con mascarilla, hacen cola para coger el autobús el pasado 20 de marzo en Pekín. KEVIN FRAYER / GETTY IMAGES

La conciencia crítica ante la vigilancia digital es en Asia prácticamente inexistente. Apenas se habla ya de protección de datos, incluso en Estados liberales como Japón y Corea. Nadie se enoja por el frenesí de las autoridades para recopilar datos. Entre tanto China ha introducido un sistema de crédito social inimaginable para los europeos, que permite una valoración o una evaluación exhaustiva de los ciudadanos. Cada ciudadano debe ser evaluado consecuentemente en su conducta social. En China no hay ningún momento de la vida cotidiana que no esté sometido a observación. Se controla cada clic, cada compra, cada contacto, cada actividad en las

redes sociales. A quien cruza con el semáforo en rojo, a quien tiene trato con críticos del régimen o a quien pone comentarios críticos en las redes sociales le quitan puntos. Entonces la vida puede llegar a ser muy peligrosa. Por el contrario, a quien compra por Internet alimentos sanos o lee periódicos afines al régimen le dan puntos. Quien tiene suficientes puntos obtiene un visado de viaje o créditos baratos. Por el contrario, quien cae por debajo de un determinado número de puntos podría perder su trabajo. En China es posible esta vigilancia social porque se produce un irrestricto intercambio de datos entre los proveedores de Internet y de telefonía móvil y las autoridades. Prácticamente no existe la protección de datos. En el vocabulario de los chinos no aparece el término “esfera privada”.

En China hay 200 millones de cámaras de vigilancia, muchas de ellas provistas de una técnica muy eficiente de reconocimiento facial. Captan incluso los lunares en el rostro. No es posible escapar de la cámara de

vigilancia. Estas cámaras dotadas de inteligencia artificial pueden observar y evaluar a todo ciudadano en los espacios públicos, en las tiendas, en las calles, en las estaciones y en los aeropuertos.

Toda la infraestructura para la vigilancia digital ha resultado ser ahora sumamente eficaz para contener la epidemia. Cuando alguien sale de la estación de Pekín es captado automáticamente por una cámara que mide su temperatura corporal. Si la temperatura es preocupante todas las personas que iban sentadas en el mismo vagón reciben una notificación en sus teléfonos móviles. No en vano el sistema sabe quién iba sentado dónde en el tren. Las redes sociales cuentan que incluso se están usando drones para controlar las cuarentenas. Si uno rompe clandestinamente la cuarentena un dron se dirige volando a él y le ordena regresar a su vivienda. Quizá incluso le imprima una multa y se la deje caer volando, quién sabe. Una situación que para los europeos sería distópica, pero a la que, por lo visto, no se ofrece resistencia en China.

Ni en China ni en otros Estados asiáticos como Corea del Sur, Hong Kong, Singapur, Taiwán o Japón existe una conciencia crítica ante la vigilancia digital o el big data. La digitalización directamente los embriaga. Eso obedece también a un motivo cultural. En Asia impera el colectivismo. No hay un individualismo acentuado. No es lo mismo el individualismo que el egoísmo, que por supuesto también está muy propagado en Asia.

Al parecer el big data resulta más eficaz para combatir el virus que los absurdos cierres de fronteras que en estos momentos se están efectuando en Europa. Sin embargo, a causa de la protección de datos no es posible en Europa un combate digital del virus comparable al asiático. Los proveedores chinos de telefonía móvil y de Internet comparten los datos sensibles de sus clientes con los servicios de seguridad y con los ministerios de salud. El Estado sabe por tanto dónde estoy, con quién me encuentro, qué hago, qué busco, en qué pienso, qué como, qué compro, adónde me dirijo. Es posible que en el futuro el Estado controle también la temperatura corporal, el peso, el nivel de azúcar en la sangre, etc. Una biopolítica digital que acompaña a la psicopolítica digital que controla activamente a las personas.

En Wuhan se han formado miles de equipos de investigación digitales que buscan posibles infectados basándose solo en datos técnicos. Basándose únicamente en análisis de macrodatos averiguan quiénes son potenciales infectados, quiénes tienen que seguir siendo observados y eventualmente ser aislados en cuarentena. También por cuanto respecta a la pandemia el futuro está en la digitalización. A la vista de la epidemia quizá deberíamos redefinir incluso la soberanía. Es soberano quien dispone de datos. Cuando Europa proclama el estado de alarma o cierra fronteras sigue aferrada a viejos modelos de soberanía.

No solo en China, sino también en otros países asiáticos la vigilancia digital se emplea a fondo para contener la epidemia. En Taiwán el Estado envía simultáneamente a todos los ciudadanos un SMS para localizar a las personas que han tenido contacto con infectados o para informar acerca de los lugares y edificios donde ha habido personas contagiadas. Ya en una fase muy temprana, Taiwán empleó una conexión de diversos datos para localizar a posibles infectados en función de los viajes que hubieran hecho. Quien se aproxima en Corea a un edificio en el que ha estado un infectado recibe a través de la “Corona-app” una señal de alarma. Todos los lugares donde ha habido infectados están registrados en la aplicación. No se tiene muy en cuenta la protección de datos ni la esfera privada. En todos los edificios de Corea hay instaladas cámaras de vigilancia en cada piso, en cada oficina o en cada tienda. Es prácticamente imposible moverse en espacios públicos sin ser filmado por una cámara

de vídeo. Con los datos del teléfono móvil y del material filmado por vídeo se puede crear el perfil de movimiento completo de un infectado. Se publican los movimientos de todos los infectados. Puede suceder que se destapen amoríos secretos. En las oficinas del ministerio de salud coreano hay unas personas llamadas “tracker” que día y noche no hacen otra cosa que mirar el material filmado por vídeo para completar el perfil del movimiento de los infectados y localizar a las personas que han tenido contacto con ellos.

Una diferencia llamativa entre Asia y Europa son sobre todo las mascarillas protectoras. En Corea no hay prácticamente nadie que vaya por ahí sin mascarillas respiratorias especiales capaces de filtrar el aire de virus. No son las habituales mascarillas quirúrgicas, sino unas mascarillas protectoras especiales con filtros, que también llevan los médicos que tratan a los infectados. Durante las últimas semanas, el tema prioritario en Corea era el suministro de mascarillas para la población. Delante de las farmacias se formaban colas enormes. Los políticos eran valorados en función de la rapidez con la que las suministraban a toda la población. Se construyeron a toda prisa nuevas máquinas para su fabricación. De momento parece que el suministro funciona bien. Hay incluso una aplicación que informa de en qué farmacia cercana se pueden conseguir aún mascarillas. Creo que las mascarillas protectoras, de las que se ha suministrado en Asia a toda la población, han contribuido de forma decisiva a contener la epidemia.

Los coreanos llevan mascarillas protectoras antiviruses incluso en los puestos de trabajo. Hasta los políticos hacen sus apariciones públicas solo con mascarillas protectoras. También el presidente coreano la lleva para dar ejemplo, incluso en las conferencias de prensa. En Corea lo ponen verde a uno si no lleva mascarilla. Por el contrario, en Europa se dice a menudo que no sirven de mucho, lo cual es un disparate. ¿Por qué llevan entonces los médicos las mascarillas protectoras? Pero hay que cambiarse de mascarilla con suficiente frecuencia, porque cuando se humedecen pierden su función filtrante. No obstante, los coreanos ya han desarrollado una “mascarilla para el coronavirus” hecha de nano-filtros que incluso se puede lavar. Se dice que puede proteger a las personas del virus durante un mes. En realidad, es muy buena solución mientras no haya vacunas ni medicamentos. En Europa, por el contrario, incluso los médicos tienen que viajar a Rusia para conseguirlas. Macron ha mandado confiscar mascarillas para distribuir las entre el personal sanitario. Pero lo que recibieron luego fueron mascarillas normales sin filtro con la indicación de que bastarían para proteger del coronavirus, lo cual es una mentira. Europa está fracasando. ¿De qué sirve cerrar tiendas y restaurantes si las personas se siguen aglomerando en el metro o en el autobús durante las horas punta? ¿Cómo guardar ahí la distancia necesaria? Hasta en los supermercados resulta casi imposible. En una situación así, las mascarillas protectoras salvarían realmente vidas humanas. Está surgiendo una sociedad de dos clases. Quien tiene coche propio se expone a menos riesgo. Incluso las mascarillas normales servirían de mucho si las llevaran los infectados, porque entonces no lanzarían los virus afuera.

En los países europeos casi nadie lleva mascarilla. Hay algunos que las llevan, pero son asiáticos. Mis paisanos residentes en Europa se quejan de que los miran con extrañeza cuando las llevan. Tras esto hay una diferencia cultural. En Europa impera un individualismo que trae aparejada la costumbre de llevar la cara descubierta. Los únicos que van enmascarados son los criminales. Pero ahora, viendo imágenes de Corea, me he acostumbrado tanto a ver personas enmascaradas que la faz descubierta de mis conciudadanos europeos me resulta casi obscena. También a mí me gustaría llevar mascarilla protectora, pero aquí ya no se encuentran.

En el pasado, la fabricación de mascarillas, igual que la de tantos otros productos, se externalizó a China. Por eso ahora en Europa no se consiguen mascarillas. Los Estados asiáticos están tratando de proveer a toda la población de mascarillas protectoras. En China, cuando también ahí empezaron a ser escasas, incluso reequiparon fábricas para producir mascarillas. En Europa ni siquiera el personal sanitario las consigue. Mientras las personas se sigan aglomerando en los autobuses o en los metros para ir al trabajo sin mascarillas protectoras, la prohibición de salir de casa lógicamente no servirá de mucho. ¿Cómo se puede guardar la distancia necesaria en los autobuses o en el metro en las horas punta? Y una enseñanza que deberíamos sacar de la pandemia debería ser la conveniencia de volver a traer a Europa la producción de determinados productos, como mascarillas protectoras o productos medicinales y farmacéuticos.

A pesar de todo el riesgo, que no se debe minimizar, el pánico que ha desatado la pandemia de coronavirus es desproporcionado. Ni siquiera la “gripe española”, que fue mucho más letal, tuvo efectos tan devastadores sobre la economía. ¿A qué se debe en realidad esto? ¿Por qué el mundo reacciona con un pánico tan desmesurado a un virus? Emmanuel Macron habla incluso de guerra y del enemigo invisible que tenemos que derrotar. ¿Nos hallamos ante un regreso del enemigo? La “gripe española” se desencadenó en plena Primera Guerra Mundial. En aquel momento todo el mundo estaba rodeado de enemigos. Nadie habría asociado la epidemia con una guerra o con un enemigo. Pero hoy vivimos en una sociedad totalmente distinta.



El presidente de Corea del sur, el tercero en la imagen, el pasado 25 de febrero en el Ayuntamiento de Daegu. SOUTH KOREAN PRESIDENTIAL BLUE HOUSE/GETTY IMAGES / SOUTH KOREAN PRESIDENTIAL BLUE H

En realidad, hemos estado viviendo durante mucho tiempo sin enemigos. La guerra fría terminó hace mucho. Últimamente incluso el terrorismo islámico parecía haberse desplazado a zonas lejanas. Hace exactamente diez años sostuve en mi ensayo La sociedad del cansancio la tesis de que vivimos en una época en la que ha perdido su vigencia el paradigma inmunológico, que se basa en la negatividad del enemigo. Como en los tiempos de la guerra fría, la sociedad organizada inmunológicamente se caracteriza por vivir rodeada de fronteras y de vallas, que impiden la circulación acelerada de mercancías y de capital. La globalización suprime todos estos umbrales inmunitarios para dar vía libre al capital. Incluso la promiscuidad y la permisividad generalizadas, que hoy se propagan por todos los ámbitos vitales, eliminan la negatividad del desconocido o del enemigo. Los peligros no acechan hoy desde la negatividad del enemigo, sino desde el exceso de positividad, que se expresa como exceso de rendimiento, exceso de producción y exceso de comunicación. La negatividad del

enemigo no tiene cabida en nuestra sociedad ilimitadamente permisiva. La represión a cargo de otros deja paso a la depresión, la explotación por otros deja paso a la auto-explotación voluntaria y a la auto-optimización. En la sociedad del rendimiento uno guerrea sobre todo contra sí mismo.

UMBRALES INMUNOLÓGICOS Y CIERRE DE FRONTERAS.

Pues bien, en medio de esta sociedad tan debilitada inmunológicamente a causa del capitalismo global irrumpe de pronto el virus. Llenos de pánico, volvemos a erigir umbrales inmunológicos y a cerrar fronteras. El enemigo ha vuelto. Ya no guerreamos contra nosotros mismos, sino contra el enemigo invisible que viene de fuera. El pánico desmedido en vista del virus es una reacción inmunitaria social, e incluso global, al nuevo enemigo. La reacción inmunitaria es tan violenta porque hemos vivido durante mucho tiempo en una sociedad sin enemigos, en una sociedad de la positividad, y ahora el virus se percibe como un terror permanente.

Pero hay otro motivo para el tremendo pánico. De nuevo tiene que ver con la digitalización. La digitalización elimina la realidad. La realidad se experimenta gracias a la resistencia que ofrece, y que también puede resultar dolorosa. La digitalización, toda la cultura del “me gusta”, suprime la negatividad de la resistencia. Y en la época posfáctica de las fake news y los deepfakes surge una apatía hacia la realidad. Así pues, aquí es un virus real, y no un virus de ordenador, el que causa una conmoción. La realidad, la resistencia, vuelve a hacerse notar en forma de un virus enemigo. La violenta y exagerada reacción de pánico al virus se explica en función de esta conmoción por la realidad.

La reacción pánica de los mercados financieros a la epidemia es además la expresión de aquel pánico que ya es inherente a ellos. Las convulsiones extremas en la economía mundial hacen que esta sea muy vulnerable. A pesar de la curva constantemente creciente del índice bursátil, la arriesgada política monetaria de los bancos emisores ha generado en los últimos años un pánico reprimido que estaba aguardando al estallido. Probablemente el virus no sea más que la pequeña gota que ha colmado el vaso. Lo que se refleja en el pánico del mercado financiero no es tanto el miedo al virus cuanto el miedo a sí mismo. El *crash* se podría haber producido también sin el virus. Quizá el virus solo sea el preludio de un *crash* mucho mayor.

Žižek afirma que el virus ha asestado al capitalismo un golpe mortal, y evoca un oscuro comunismo. Cree incluso que el virus podría hacer caer el régimen chino. Žižek se equivoca. Nada de eso sucederá. China podrá vender ahora su Estado policial digital como un modelo de éxito contra la pandemia. China exhibirá la superioridad de su sistema aún con más orgullo. Y tras la pandemia, el capitalismo continuará aún con más pujanza. Y los turistas seguirán pisoteando el planeta. El virus no puede reemplazar a la razón. Es posible que incluso nos llegue además a Occidente el Estado policial digital al estilo chino. Como ya ha dicho Naomi Klein, la conmoción es un momento propicio que permite establecer un nuevo sistema de gobierno. También la instauración del neoliberalismo vino precedida a menudo de crisis que causaron conmociones. Es lo que sucedió en Corea o en Grecia. Ojalá que tras la conmoción que ha causado este virus no llegue a Europa un régimen policial digital como el chino. Si llegara a suceder eso, como teme Giorgio Agamben, el estado de excepción pasaría a ser la situación normal. Entonces el virus habría logrado lo que ni siquiera el terrorismo islámico consiguió del todo.

El virus no vencerá al capitalismo. La revolución viral no llegará a producirse. Ningún virus es capaz de hacer la revolución. El virus nos aísla e individualiza. No genera ningún sentimiento colectivo fuerte. De algún modo, cada uno se preocupa solo de su propia supervivencia. La solidaridad consistente en guardar distancias mutuas no es una solidaridad que permita soñar con una sociedad distinta, más pacífica, más justa. No podemos dejar la revolución en manos del virus. Confiemos en que tras el virus venga una revolución humana. Somos NOSOTROS, PERSONAS dotadas de RAZÓN, quienes tenemos que repensar y restringir radicalmente el capitalismo destructivo, y también nuestra ilimitada y destructiva movilidad, para salvarnos a nosotros, para salvar el clima y nuestro bello planeta.

***Byung-Chul Han** es un filósofo y ensayista surcoreano que imparte clases en la Universidad de las Artes de Berlín. Autor, entre otras obras, de 'La sociedad del cansancio', publicó hace un año 'Loa a la tierra', en la editorial Herder.

Naomi Klein, capitalismo y coronavirus: "El Shock es el virus en sí mismo"

Por Mónica Garrido para *culto.latercera.cl*

16 de marzo, 2020

La escritora, periodista y activista canadiense dio una entrevista en la que analiza los efectos del COVID-19 en el sistema capitalista y las repercusiones a nivel socio-político.

En diciembre de 2019 surgió un brote de una desconocida neumonía en Wuhan, China. El grupo de personas afectadas estaba vinculado al mercado mayorista de mariscos, lugar que también lidia con animales exóticos, entre ellos, murciélagos, criatura que se cree originó el virus calificado como pandemia por la OMS.



El COVID-19 es un tipo de coronavirus originada por el SARS-CoV-2, patógeno que se propagó a una velocidad alarmante desde el continente asiático al resto del mundo. Tanto la OMS como las autoridades de los respectivos países, han sido enfáticos en la importancia del lavado de manos, el estornudar y toser en pañuelos o contra el codo, evitar las aglomeraciones y no saludar de beso o dando la mano.

No solo ha tenido repercusiones a nivel sanitario, lo que ha obligado a aplicar medidas de salud extraordinarias, incluyendo el cierre de fronteras en algunos países; también ha tenido un impacto en el ámbito económico, con pérdidas superiores a los 22 billones de dólares en la capitalización de acciones en Estados Unidos y Europa.

En el marco de la crisis sanitaria -y económica- con consecuencias a nivel mundial, la periodista y activista estadounidense, Naomi Klein, analizó la situación actual en relación al coronavirus y sus efectos en el sistema capitalista.

En conversación con Vice, la autora de libros como *La doctrina del Shock* (2007) y *No logo* (1999), asegura que -más que nunca- es necesario “luchar con más fuerza por un sistema de salud universal” y considerar no solo el autocuidado, también “compartir con tus vecinos y ayudar a las personas más vulnerables”.

Naomi Klein explica el “desastre capitalista” como una forma de describir la forma en que las industrias privadas resurgen al beneficiarse directamente de una crisis a gran escala.

“El lucro producto de desastres o guerras no es un concepto nuevo, pero realmente se profundizó bajo la administración de Bush tras el 11 de septiembre de 2001, cuando la administración declaró esta especie de crisis de seguridad sin fin; y simultáneamente la privatizó y subcontrató”, dijo Klein, explicando que esto incluyó el estado de seguridad nacional, así como la ocupación de Irak y Afganistán.

“La ‘Doctrina del Shock’ es una estrategia política que consiste en usar crisis de gran escala para impulsar políticas que sistemáticamente profundizan la desigualdad, enriquece las elites, y socava a los demás”, expuso la escritora.

Klein alude a una estrategia nacida como respuesta al New Deal bajo el mandato de Franklin D. Roosevelt, la cual según el economista Milton Friedman, ocasionó crisis en Estados Unidos. “Las elites políticas y económicas entienden que los momentos de crisis son su oportunidad de impulsar su lista-de-deseos de políticas impopulares que polarizan aún más la riqueza en este país (Estados Unidos) y todo el mundo”, dijo la periodista y académica.

Consultada por las “múltiples crisis que ocurren actualmente”: una pandemia, falta de estructura para manejarla y el colapso de los mercados, Naomi Klein aseguró que ‘El shock’ es el virus en sí mismo.

“Y ha sido manejado de una manera que maximiza la confusión y minimiza la protección. No creo que sea una conspiración, es solo la forma en que el gobierno estadounidense y Trump han manejado completamente mal esta crisis, hasta ahora no la ha manejado como una crisis de salud pública, si no como una crisis de percepción, y un posible problema para su reelección”, analiza la periodista, en periodo de elecciones demócratas previo a las presidenciales.

“Es el peor de los escenarios, especialmente combinados con el hecho que Estados Unidos no tiene un programa nacional de salud y la protección a sus trabajadores es abismal. Esta combinación de fuerzas ha entregado un shock máximo. Va a explotar para rescatar industrias que están en el corazón de las crisis más extremas que enfrentamos, como la crisis climática: la industria de las aerolíneas, la industria de gas y petróleo, la industria de cruceros -quieren reforzar todo”.

Klein plantea que esto se vio tras la tragedia que provocó el Huracán Katrina en 2005, situación de emergencia en la que Estados Unidos recibió donaciones de diversos países “pero el costo real llegó en forma de austeridad económica [posteriormente, recortes en los servicios sociales]”.

En este contexto, Klein dice que tenemos dos opciones: retrocedemos y nos desmoronamos, o crecemos y encontramos reservas de fuerza y compasión que no sabíamos que teníamos. “La razón por la que guardo la esperanza de que escojamos evolucionar es que -a diferencia de 2008- tenemos una

alternativa política que propone una respuesta diferente a la crisis que llega a las causas de raíz tras nuestra vulnerabilidad, y un movimiento político más amplio que lo apoya”.

De acuerdo a los planteamientos de Naomi Klein, de eso se trata el Green New Deal (acuerdo de políticas para enfrentar el Calentamiento Global): “Debemos prepararnos para un momento como este. No podemos perder nuestro coraje, tenemos que pelear con más fuerza que nunca por un sistema de salud universal, por el cuidado universal de niños, por el pago de las licencias médicas. Está todo íntimamente conectado”, explicó la autora.

¿Qué hacer ante este escenario? Klein plantea que cada individuo -lógicamente- busca el mejor seguro y la mejor atención, y el que no puede pagarlo, tiene que resolverlo por su cuenta. “Eso es lo que esta especie de economía de -el-ganador-se-lo-lleva-todo hace a nuestro cerebro. Estamos viendo en tiempo real que estamos mucho más interconectados entre nosotros que lo que nuestro brutal sistema económico nos hace creer”.

“Podemos pensar que estaremos a salvo si tenemos una buena atención médica, pero si la persona que hace nuestra comida, que entrega nuestra comida o que empaca nuestras cajas, no puede pagar siquiera hacerse el test, y mucho menos el quedarse en casa ya que no se les paga la licencia médica; no estaremos a salvo”, continuó la escritora conocida por su crítica a la globalización y el capitalismo.

“Si se está en un sistema que se sabe que no está cuidando a las personas y no está distribuyendo recursos de manera equitativa, entonces su parte de ‘acaparamiento’ se iluminará”, explicó Klein, refiriéndose al impulso de comprar masivamente -más de lo necesario- en supermercados y otras tiendas.

“Por lo tanto, tenga en cuenta eso y piense cómo, en lugar de atesorar y pensar en cómo puede cuidarse a sí mismo y a su familia, puede pasar a compartir con sus vecinos y controlar a las personas más vulnerables”, concluyó Klein en conversación con Vice.

Slavoj Zizek : "Un claro elemento de histeria racista en el nuevo coronavirus"

Por Slavoj Zizek

03 de febrero, 2020 (versión en inglés)

08 de marzo, 2020 (traducción)

A algunos de nosotros, incluyéndome a mí, nos encantaría estar en secreto en el Wuhan de China en este momento, experimentando un set de película postapocalíptico de la vida real. Las calles vacías de la ciudad proporcionan la imagen de un mundo no consumista a gusto consigo mismo.

El coronavirus está en todas las noticias, y no pretendo ser un médico especialista, pero hay una pregunta que me gustaría plantear: ¿dónde terminan los hechos y dónde comienza la ideología?



El primer enigma obvio: hay epidemias mucho peores, así que ¿por qué hay tanta obsesión con esta cuando miles mueren diariamente por otras enfermedades infecciosas?

Por supuesto, un caso extremo fue la pandemia de gripe de 1918-1920, conocida como gripe española, cuando se estima que el número de muertos fue de al menos 50 millones. Alrededor de este tiempo, la influenza ha infectado a 15 millones de estadounidenses: al menos 140,000 personas han sido hospitalizadas y más de 8,200 personas fueron asesinadas solo esta temporada.

Parece que la paranoia racista está obvia aquí, recuerda todas las fantasías sobre las mujeres chinas en Wuhan desollando serpientes vivas y sorbiendo sopa de murciélago. Mientras que, en realidad, una gran ciudad china es probablemente uno de los lugares más seguros del mundo.

Pero hay una paradoja más profunda en el trabajo: cuanto más conectado esté nuestro mundo, más desastre local puede desencadenar el miedo global y eventualmente una catástrofe.

En la primavera de 2010, una nube de una erupción volcánica menor en Islandia detuvo el tráfico aéreo en la mayor parte de Europa, un recordatorio de cómo, independientemente de su capacidad para transformar la naturaleza, la humanidad sigue siendo solo otra especie viva en el planeta Tierra.

El catastrófico impacto socioeconómico de un evento tan pequeño se debe a nuestro desarrollo tecnológico (viajes aéreos). Hace un siglo, tal erupción habría pasado desapercibida.

El desarrollo tecnológico nos hace más independientes de la naturaleza y, al mismo tiempo, a un nivel diferente, más dependientes de los caprichos de la naturaleza. Y lo mismo ocurre con la propagación del coronavirus: si sucediera antes de las reformas de Deng Xiaoping, probablemente ni siquiera habríamos escuchado al respecto.

Entonces, ¿cómo vamos a combatir el virus cuando simplemente se multiplica como una extraña forma invisible de vida parasitaria y su mecanismo preciso sigue siendo básicamente desconocido? Es esta falta de conocimiento la que causa el pánico. ¿Qué pasa si el virus muta de forma impredecible y desencadena una verdadera catástrofe global?

Esta es mi paranoia privada: ¿es la razón por la cual las autoridades muestran pánico porque saben (o sospechan, al menos) algo sobre posibles mutaciones que no quieren hacer públicas para evitar la confusión y los disturbios públicos? Porque los efectos reales, hasta ahora, han sido relativamente modestos. Una cosa es segura: el aislamiento y otras cuarentenas no harán el trabajo.

Se necesita una solidaridad incondicional total y una respuesta coordinada globalmente, una nueva forma de lo que una vez se llamó comunismo. Si no orientamos nuestros esfuerzos en esta dirección, entonces Wuhan hoy es quizás la imagen de la ciudad de nuestro futuro.

Muchas distopías ya imaginaban un destino similar. Principalmente nos quedamos en casa, trabajamos en nuestras computadoras, nos comunicamos a través de videoconferencias, hacemos ejercicio en una máquina en la esquina de nuestra oficina en casa, ocasionalmente nos masturbamos frente a una pantalla que muestra sexo duro y obtenemos comida en el parto.

Vacaciones en Wuhan

Sin embargo, hay una perspectiva emancipadora inesperada oculta en esta visión de pesadilla. Debo admitir que, durante los últimos días, me he encontrado soñando con visitar a Wuhan.

Haga calles medio abandonadas en una megalópolis: los centros urbanos generalmente bulliciosos que parecen un pueblo fantasma, tiendas con puertas abiertas y sin clientes, solo un caminante solitario o un automóvil aquí y allá, personas con máscaras blancas, no proporcionan la imagen de un no-consumo del mundo a gusto consigo mismo?

La belleza melancólica de las avenidas vacías de Shanghái o Hong Kong me recuerdan algunas viejas películas postapocalípticas como 'On the Beach', que muestran una ciudad con la mayoría de la población aniquilada, sin una gran destrucción espectacular, solo el mundo allá afuera. Ya no está listo, a la espera de nosotros, mirándonos y por nosotros.

Incluso las máscaras blancas que usan las pocas personas que caminan proporcionan un anonimato y una liberación de la presión social para el reconocimiento.

Muchos de nosotros recordamos la famosa conclusión del manifiesto situacionista de los estudiantes de 1966: "*Vivre sans temps mort, jouir sans entraves*": vivir sin tiempo muerto, disfrutar sin obstáculos.

Si Freud y Lacan nos enseñaron algo, es que esta fórmula, el caso supremo de una orden judicial de superego, ya que, como Lacan demostró acertadamente, el superyó es, en su forma más básica, una orden positiva para disfrutar, no un acto negativo de prohibir algo, es una receta para el desastre. La necesidad de llenar cada momento del tiempo asignado a nosotros con un compromiso intenso inevitablemente termina en una monotonía sofocante.

El tiempo muerto (momentos de retirada, de lo que los antiguos místicos llamaron *Gelassenheit*, liberación) son cruciales para la revitalización de nuestra experiencia de vida. Y, tal vez, uno puede esperar que una consecuencia no intencional de las cuarentenas de coronavirus en las ciudades chinas sea que al menos algunas personas usen su tiempo muerto para liberarse de la actividad agitada y piensen en el sentido (no) de su situación.

Soy plenamente consciente del peligro que estoy cortejando al hacer públicos estos pensamientos míos: ¿no estoy participando en una nueva versión de atribuir al sufrimiento de las víctimas una visión auténtica más profunda de mi posición externa segura y así legitimar cínicamente su sufrimiento?

Matices racistas

Cuando un ciudadano enmascarado de Wuhan camina en busca de medicamentos o alimentos, definitivamente no hay pensamientos anti-consumistas en su mente, solo pánico, ira y miedo. Mi súplica es solo que incluso los eventos horribles pueden tener consecuencias positivas impredecibles.

Carlo Ginzburg propuso la idea de que estar avergonzado del país de uno, no amarlo, puede ser la verdadera marca de pertenecer a él.

Tal vez algunos israelíes reunirán el coraje para sentir vergüenza a propósito de la política de Netanyahu y Trump hecha en su nombre, no, por supuesto, en el sentido de vergüenza de ser judío. Por el contrario, sentir vergüenza por lo que las acciones en Cisjordania le están haciendo al legado más precioso del judaísmo.

Quizás algunos británicos también deberían ser lo suficientemente honestos como para sentir vergüenza por el sueño ideológico que les trajo el Brexit. Pero para la gente de Wuhan, no es el momento de sentirse avergonzado y estigmatizado, sino el momento de reunir coraje y persistir pacientemente en su lucha.

Si hubo personas en China que intentaron minimizar las epidemias, deberían estar avergonzados al igual que aquellos funcionarios soviéticos alrededor de Chernobyl que afirmaron públicamente que no había peligro al evacuar inmediatamente a sus propias familias. O como deberían hacerlo aquellos altos gerentes que niegan públicamente el calentamiento global, pero que ya están comprando casas en Nueva Zelanda o construyendo búnkeres de supervivencia en las Montañas Rocosas.

Tal vez la indignación pública contra este supuesto doble comportamiento (que ya está obligando a las autoridades a prometer transparencia) dará lugar a otro desarrollo político positivo no deseado en China.

Pero aquellos que deberían estar realmente avergonzados, todos nosotros en todo el mundo estamos pensando en cómo poner en cuarentena a los chinos.

Covid-19 y la filosofía: pensar en medio de la catástrofe

Por Jaime Santamaría* para Filosofía&Co

17 de marzo, 2020

Es común el uso de la imagen de la lechuza de Minerva para referirse a la filosofía. La mítica ave siempre llega tarde, solo emprende su vuelo luego de un largo día. La filosofía, de igual modo, después de estar en el mundo, levanta el vuelo de la reflexión y el pensamiento. Así los filósofos vieron con orgullo y cierta soberbia su propio quehacer por siglos. Sin embargo, es



cada vez más común hallar artículos de filósofos acerca de asuntos de actualidad y temas acuciantes. La filosofía se unta más del presente y el mundo. El Covid-19 es un ejemplo de estas situaciones donde algunos pensadores no quieren esperar la cómoda tarde para hablar de lo que está pasando. Hecho que aplaudo y ánimo.

No obstante, el Covid-19 parece desbordar cualquier capacidad de análisis, de planeación y previsión; incluso de las ciencias más duras. En este caso, la vieja naturaleza, escurridiza e inaprehensible, nos recuerda con un pequeño sacudón nuestra vulnerabilidad. Estamos frente a una situación que va más rápido que cualquier posibilidad de acción y reflexión. Ahora bien, este hecho adverso no nos debe llevar a la parálisis nerviosa o a la inhibición paranoica del pensamiento.

La pandemia, como cualquier situación límite, nos obliga a pensar no solo en el virus, también nos empuja a interpretar todo el contexto alrededor (este caso global), establecer relaciones no obvias (no solo con la ciencia médica) y poner en duda los valores sobre los que hemos levantado la frágil civilización humana. De hecho, por la situación misma varios ideales que han sostenido nuestra economía, nuestras instituciones políticas, nuestras relaciones globales, etc., parecen tambalear.

Quizá sea un buen momento para filosofar y, a pesar de la obsesión con la precisión, hasta equivocarse en diagnósticos. Afortunadamente, para tranquilidad de la humanidad y descontento de Platón, los filósofos no tienen mucha incidencia en las decisiones que atañen a la economía, la soberanía nacional, la salud pública y, en general, la administración de la vida. Por todo esto, y también por

desocupe en tiempos de cuarentena, propongo revisar qué han dicho algunos filósofos sobre el caso límite Covid-19.

- **Giorgio Agamben: estado de excepción y pandemia**

Giorgio Agamben, filósofo italiano, sacó un artículo de opinión en diciembre del año pasado, cuando el virus apenas llegaba a Italia, que tituló [La invención de una epidemia](#). Su postura es tajante: se está sobredimensionando una gripe más y con el despliegue mediático se logrará una situación de pánico generalizado; una modalidad del estado de excepción que avalará la intervención militar, el cierre de fronteras y toda una serie de medidas económicas de emergencia.

Para el autor de *El poder soberano y la vida nula*, dos factores pueden explicar este procedimiento del poder. El primero señala que vivimos en una época en la que toda la política funciona según el modelo del estado de excepción; siguiendo la famosa afirmación del [filósofo Walter] Benjamin, los Estados «democráticos» contemporáneos viven en la excepción, necesitan de la excepción y la producen también. ¡La emergencia deviene la norma! El segundo elemento, conectado con el primero, se dirige al nerviosismo propio de las sociedades postindustriales y consumistas; nerviosismo que necesita, como contrapartida, toda una serie de artificios que producen la sensación de seguridad (seguros de vida, medidas antiterroristas, políticas contra el crimen, más cámaras y vigilancia, etc.). Cuando el discurso del terrorismo se desgasta y no tiene los mismos efectos paranoicos, según el italiano, viene bien un virus como amenaza global. El poder soberano usa un viejo arcana a su favor: la peste o la plaga.

- **Jean-Luc Nancy y la técnica soberana**

El filósofo francés Jean-Luc Nancy, en una respuesta a su amigo Agamben, sacó un artículo que tituló [Excepción viral](#). Lo primero que hace Nancy es llamar la atención sobre el punto álgido que la interconexión técnica ha alcanzado en el mundo contemporáneo. En el análisis de Agamben, se desconoce el papel de la técnica y su vínculo con la política. Más que sospechar de un poder soberano que mueve los hilos secretos para mantener sujetos a los ciudadanos, debemos reflexionar acerca de los modos en que la técnica es la que impone un verdadero estado excepción; sería una técnica soberana. En este sentido, no se niega el estado de excepción, pero sí hay que modificar su naturaleza netamente política; es un estado de excepción biológico, informático, cultural, etc. permitido por la hiperconectividad en estos tiempos. Ahora bien, para el francés, en la técnica también palpita la esperanza y la solución

- **Aïcha Liviana Messina: ¿cómo afrontamos juntos el problema?**

Para [Aïcha Liviana Nessina](#), profesora de la Universidad Diego Portales, en Chile, la cuestión se juega en una salida que conjugue la postura crítica de Agamben, con respecto a la política, y la actitud esperanzadora de Nancy, en relación con la técnica. Si bien, Agamben parece pecar de ingenuo al creer que el Covid-19 es una conspiración más en la sociedad del espectáculo y Nancy, en el otro extremo, no quiere ver cómo la técnica se vincula con la política y las instituciones, ambos tocan un punto central: la relación con el pánico. La pregunta ahora, como filósofos, quizá no es cuál es el mejor diagnóstico o la mejor salida; en eso, claramente, no tenemos mucha competencia. Pero sí hay algo que merece atención con urgencia: ¿cómo pensamos la relación con un afecto como el miedo o el pánico dada una situación límite?, ¿cómo hacemos frente al problema?

La respuesta se dirige al hecho de que vivimos en comunidad. La filósofa muestra que las actitudes más heroicas y las políticas del miedo coinciden en algo: quieren eliminar el virus (lo otro). Pero ni la política totalitaria ni la técnica más sofisticada se plantean el asunto de cómo vivir con el virus y cómo haremos como comunidad para afrontarlo.

- **José Luis Villacañas y la confianza en el Estado**

El filósofo español José Luis Villacañas, luego de retomar la conversación entre Agamben y Nancy, dice que estamos «ante un atolladero evolutivo». Este tipo de momentos de la historia, donde la cuesta parece empinarse, propicia la creación fantasiosa de escenas apocalípticas. En circunstancias límites como estas, impulsada por el miedo y otros afectos escatológicos, la gente suspende su moral y su relación con la norma. La sensación imaginaria del final puede llevar a la precipitación de violencias y barbaries: un darwinismo salvaje obscuro. El español hace un llamado sensato a atenernos a los Estados. Después de todo, ellos serán lo único que tendremos.

- **Slavoj Žižek: ¿dónde finaliza la fantasía y dónde empieza lo real?**

En un [artículo](#) que tituló **Un claro elemento de histeria racista en el nuevo coronavirus, publicado en Russia Today**, el esloveno Žižek, frente a la información con la que hemos sido bombardeados, se hace una pregunta pertinente: ¿dónde terminan los hechos y dónde comienza la ideología? En ese momento, hace un poco menos de un mes, en un tono sarcástico decía muchas

distopías que ya han preludiado el futuro cercano: teletrabajo, ejercicio en casa, yoga por Skype, clases a distancia y ocasionalmente nos masturbamos por la internet. Todo un modo de explotación laboral a distancia. En esta vía, pornhub, un famoso portal porno italiano, abrió las restricciones para que todos los italianos puedan ver el servicio premium gratuitamente, como una clara ayuda «humanitaria» contra el virus y sus efectos. Se cree que este tipo de acciones bien intencionadas contribuye con las medidas de protección.

En otro [artículo](#) titulado El coronavirus es un golpe al capitalismo a lo Kill Bill que podría reinventar el comunismo, Žižek, como siempre, lanza afirmaciones osadas y provocadoras. Aquí, dice que la crisis nos puede llevar a modos de vida más allá de los Estados Nación que redundarán en estilos más solidarios y comunitarios. El virus, en una afirmación difícil de digerir, estaría dando un golpe letal al capitalismo y sería cuestión de algunos pasos más antes que caiga el viejo villano.

Más allá de la lectura optimista, me parece más llamativo el inicio del artículo: «La actual expansión de la epidemia de coronavirus ha detonado las epidemias de virus ideológicos que estaban latentes en nuestras sociedades: noticias falsas [fake news], teorías conspirativas paranoicas y explosiones de racismo». Una pregunta urgente para los filósofos, frente a la pandemia, es: en la era de la intercomunicación y las redes sociales, ¿cómo se maneja la información?; ¿podríamos hablar de excepción informativa?; ¿qué puede la falsedad?

Una palabra final

Luego del recorrido por estas cinco perspectivas, me gustaría dejar algunas cuestiones sobre la mesa y seguir dialogando. Lo primero es que no podemos ser tan ingenuos para creer que el Covid-19 es simplemente un plan maestro de una conspiración global para sujetarnos y mover los hilos de la economía; esto sería una explicación simplista. Tampoco podemos negar que la política y la economía usan las contingencias para sacar provecho; siempre se puede extraer ventaja de las crisis. El virus no es una creación ideológica, tampoco existe en la pureza de la naturaleza como puro dato biológico; todo agente patógeno de este estilo está atravesado, por supuesto, por discursos que afectan las relaciones del poder. El modo como podamos juntarnos y ganar en solidaridad será fundamental para hacer frente, en cualquier caso.

Asimismo, creo que una situación como esta nos lleva a preguntarnos: ¿cómo pensamos la relación del virus con las Entidades Prestadoras de Salud (EPS)? Esta pregunta, en Latinoamérica, es pertinente y apremiante. El virus dejará al descubierto la situación de precarización del sistema de salud en nuestro continente: un modelo de prestación de servicios de salud, de corte neoliberal, que no ha podido responder a las necesidades fundamentales de un modo satisfactorio. La

corrupción sistemática y endémica del sistema de salud, en casi todo el continente, brillará. Además, quedará bien claro que la salud responde a un acceso diferencial que viene dado por la capacidad adquisitiva. Y no es lo mismo vivir en una ciudad que en una región rural con dificultades de acceso y con problemas de sanidad. Por último, habría que preguntar, en estas coordenadas si podemos confiar en el Estado. El llamado de Villacañas, sensato, sin embargo, parece difícil para un pueblo que ha sufrido décadas de abandono institucional público.

Creo que, como filósofos, también, debemos pensar sobre el afecto de pánico y miedo que se ha originado; toda una sensación imaginaria de apocalipsis, racismo y egocentrismo. Llamativamente, desde el discurso científico este tema es el menos tratado, pero el que más efectos devastadores puede tener sobre la sociedad y la economía. Aún, con fe, creemos en sujetos racionales que toman decisiones desde la claridad del entendimiento y con un balance de los argumentos; nada más alejado de la realidad.

Por último, deberíamos preguntarnos por el estatus de la información y desinformación que ha circulado por medios oficiales y no oficiales. Quizá estamos en un punto límite de la historia, un atolladero donde una fake new podría desatar una histeria colectiva con efectos sociales dramáticos o incluso, en un tono hiperbólico, ocasionar el desplome de bolsas. Golpes que, una vez más y como siempre, afectarían mayoritariamente a los más vulnerables y empobrecidos.

Jaime Santamaría* es filósofo, investigador de REC-Latinoamérica y profesor de la Universidad del Norte en Barranquilla (Colombia). Con él hablamos en filosofía&co. cuando escribimos acerca del congreso I Congreso Internacional de Estudios Latinoamericanos & del Caribe, que él organizaba junto con otros filósofos, y cuando planteamos en un reportaje las necesidades más urgentes que tiene en la actualidad América Latina.

La pandemia de la educación en la crisis de la pandemia

Por Constanza Herrera y Jaime Retamal

22 marzo, 2020

La pandemia del discurso neoliberal en educación no logra reconocer que la situación que estamos viviendo es un gran momento de aprendizaje. Se trata de un evento único para aprender acerca de la salud y de la vida, de la colaboración y de la ayuda mutua. Si es de suponer que la educación nos prepara para la vida, para lo que viene, para lo inesperado, no es posible que cuando aquello ocurre, cuando se presenta justo frente a nosotros, tal como ocurre hoy en día, nos aferremos a la idea de que lo más relevante es seguir “estudiando”, en lugar de vivir, sentir, dialogar, de encontrar antiguos y nuevos sentidos para nuestras vidas. ¿Qué es lo que más acertadamente deberíamos hacer para que esta experiencia que estamos viviendo se transforme en un nuevo comienzo para construir una auténtica educación? El antídoto contra esta pandemia neoliberal en educación es precisamente recuperar el sentido subversivo que nació en Chile el 18 de octubre, para reorientar nuestra educación hacia una vida que pensamos y hacemos auténticamente en comunidad.

Nada mejor que una pandemia para enrostrarnos el verdadero nivel de profundidad de nuestra mala educación afiebrada con el rendimiento, el control y la sanción. Una nueva pandemia está atacando al sistema educativo -como siempre más a unos que a otros- dentro de la crisis por la pandemia sanitaria que acarrea el COVID-19. Como un verdadero virus está siendo atacado por lo que llaman educación virtual, educación en línea, cyber educación, tele-educación.

La tozuda insistencia de intentar trasladar el proceso educativo al espacio virtual - así sin más- cobra relevancia en momentos de crisis como la que estamos viviendo, porque se funda en una concepción limitada de la educación que se ha venido forjando en nuestro país durante décadas. Esta comprensión limitada de lo educativo se sustenta en el modelo de estandarización y rendición de cuentas que nos gobierna: miles de niños, jóvenes y adultos regidos por una idea educacional que nos obliga a ciertos tipos de aprendizajes y rutinas escolares, las necesarias para demostrar el cumplimiento de determinadas metas orientadas por el ideal del crecimiento económico.

Mucho acerca de este tema se ha discutido en los últimos años, pero esto parece no ser nada al lado de lo que adviene hoy en tiempos de crisis: de la crisis social iniciada hace ya 5 meses y de la crisis pandémica iniciada hace tan sólo semanas. El neoliberalismo educativo y pedagógico parece querer aprovechar esta crisis como una oportunidad. ¡Y vaya que lo está haciendo! La educación virtual, en

red, entre nodos, entre cámaras y pantallas, parece que llegó para quedarse: Business as usual. Son los tiempos mejores.

La nueva gran idea del Mineduc de Sebastián Piñera es el tele-aprender y el tele-enseñar.

Esta innovadora forma de tele-disciplinar, ahora por la vía del tele-trabajo, arremete como una oportunidad más para seguir colonizando la experiencia educativa -con la mascarada de los más nobles valores- desde las lógicas del rendimiento en línea, la cyber-eficiencia y la robotización del trabajo pedagógico. Restringir la experiencia educativa a completar guías, leer libros, presenciar clases en línea, remite a la vieja vinculación patológica entre poder y educación que creíamos aprendida, pero que vuelve hoy en toda su magnitud, disfrazada de buenas intenciones antipandémicas.

En esta lógica de vigilancia continua de la experiencia educativa, los niños, niñas y jóvenes deben rendir cuenta a sus familias por las tareas realizadas justificando sus méritos; las familias deben justificar su compromiso con el proceso educativo rindiendo cuentas a los profesores que les han encomendado dichas tareas; los profesores, por su parte, deben rendir cuentas del trabajo realizado a los equipos de gestión de los establecimientos educativos, justificando así el pago de sus sueldos; y los equipos de gestión de los establecimientos educativos deben rendir cuentas al Mineduc de Piñera -o a las mismas familias- de las medidas adoptadas, para justificar el uso de los recursos. Todo lo anterior en un círculo vicioso e ininterrumpido de acciones orientadas a evitar el castigo, que terminan por ubicar al aprendizaje en el último lugar de las prioridades.

El discurso en el que el Mineduc ha insistido en estos días sobre la educación en línea como medio para garantizar el derecho a la educación son sólo palabras de buenas intenciones. No sólo es un discurso cuestionable en términos educativos, sino que además encubre el hecho de que en nuestro país la educación virtual no es accesible a todos. Cuando decidimos realizar actividades en línea un grupo importante de estudiantes queda excluido. Quienes no tienen posibilidad de acceder a un computador o a una conexión de internet de alta calidad; quienes -y especialmente las mujeres- deben cuidar de otros o realizar las tareas del hogar; y quienes en situaciones de crisis deben dejar de lado los estudios para conseguir los recursos que les permiten pagar los gastos básicos de la vida o esos mismos estudios.

La pandemia del discurso neoliberal en educación no logra reconocer que la situación que estamos viviendo es un gran momento de aprendizaje. Se trata de un evento único para aprender acerca de la salud y de la vida, de la colaboración y de la ayuda mutua. Si es de suponer que la educación nos prepara para la vida, para lo que viene, para lo inesperado, no es posible que cuando aquello ocurre, cuando se presenta justo frente a nosotros, tal como ocurre hoy en día, nos aferremos a la idea de que

lo más relevante es seguir “estudiando”, en lugar de vivir, sentir, dialogar, de encontrar antiguos y nuevos sentidos para nuestras vidas.

Nunca está de más recordar lo que la verdadera educación es, digámoslo así: el filósofo Martin Buber advertía que en una auténtica relación educativa los estudiantes no hacen lo que hacen simplemente por el deber de cumplir con una tarea, como si repitiesen algo automáticamente; pero tampoco se trata -y es lo que queremos enfatizar- de una actividad en la que el profesor diseña un resultado que podría conocer o predecir de antemano. Una auténtica relación educativa no constituye nunca una relación entre cosas, entre objetos o entre roles institucionalizados. Sino más bien, es aquella en la que la clase se desarrolla, habitualmente para estudiantes y profesores, como una relación inesperada, abierta, emergente, con “múltiples sorpresas”. Así es también una conversación sincera o un abrazo verdadero y no de pura formalidad, es una relación en la que “lo esencial no ocurre ni en uno y otro de los participantes ni tampoco en un mundo neutral”, es siempre algo que sucede “entre” los dos, algo único.

¿Qué es lo que más acertadamente deberíamos hacer para que esta experiencia que estamos viviendo se transforme en un nuevo comienzo para construir una auténtica educación? El antídoto contra esta pandemia neoliberal en educación es precisamente recuperar el sentido subversivo que nació en Chile el 18 de octubre, para reorientar nuestra educación hacia una vida que pensamos y hacemos auténticamente en comunidad.

Lo que el coronavirus nos está diciendo

Por Edgar Morin

13 de marzo, 2020

El virus está trayendo una nueva crisis planetaria a la crisis planetaria de la humanidad en la era de la globalización. Y revela, una vez más, nuestra interdependencia. La respuesta sólo puede ser de solidaridad y una respuesta planetaria.



Apareció muy lejos en una ciudad desconocida en China. Inmediatamente, las mentes compartimentadas, incluyendo la de nuestro entonces Ministro de Salud, nos tranquilizaron: este virus no llegará a nuestro país. Pero el virus viaja de mano en mano, de aliento en aliento, toma el camino, el barco, el avión, va de tierra a tierra, de los tos a la saliva. Penetra con sigilo, aquí y allá, en Lombardía, en el Oise, y se extiende por toda Europa. La contaminación gana. Se declara la alerta de pandemia.

El problema principal es obviamente la salud. Los hospitales, víctimas de ahorros sin sentido, ya están abrumados, y el virus amplificará la crisis hospitalaria. La cura es todavía desconocida, la vacuna no existe. Las declaraciones de los médicos son contradictorias, algunas advierten de un gran peligro, otras tranquilizan sobre la baja tasa de mortalidad.

Las autoridades públicas están adoptando medidas de protección que sólo pueden aislar parcialmente a los enfermos o a los sanos en peligro.

Las medidas preventivas adoptadas en todo el mundo están afectando a las escuelas, las reuniones, frenando el comercio, inmovilizando los buques de carga y de pasajeros, limitando los viajes internacionales, bloqueando los productos de exportación de China, especialmente los medicamentos, reduciendo el consumo de combustible, desencadenando una crisis entre los países productores de petróleo, provocando caídas en el mercado de valores y empezando a provocar una crisis económica en una economía mundial ya desregulada.

De hecho, el virus está trayendo una nueva crisis planetaria a la crisis planetaria de la humanidad en la era de la globalización. Sin embargo, esta complejidad sigue siendo considerada y tratada en cuestiones y sectores separados en todas partes. Cada Estado cierra su nación sobre sí misma; la ONU

no propone una gran alianza planetaria de todos los Estados. ¿Debemos pagar, en víctimas adicionales, por el sonambulismo generalizado y la falta de espíritu que separa lo que está conectado? Y sin embargo, el virus nos revela lo que estaba oculto en las mentes compartimentadas que se formaron en nuestros sistemas educativos, mentes que eran dominantes entre las elites tecno-económicas-financieras: la complejidad de nuestro mundo humano en la interdependencia e inter-solidaridad de la salud, lo económico, lo social y todo lo humano y planetario. Esta interdependencia se manifiesta en innumerables interacciones y retroalimentaciones entre los diversos componentes de las sociedades y los individuos. Así pues, la perturbación económica causada por la epidemia fomenta su propagación.

El virus nos dice entonces que esta interdependencia debe dar lugar a la solidaridad humana en la conciencia de nuestro destino común. El virus también nos revela lo que he llamado la "ecología de la acción": la acción no obedece necesariamente a la intención, puede ser desviada, desviada de su intención e incluso volver como un bumerán para golpear al que la ha desencadenado. Esto es lo que el profesor Eric Caumes de la Pitié-Salpêtrière predice: **"Al final, son las reacciones políticas a este virus emergente las que conducirán a una crisis económica mundial... con un beneficio ecológico"**. La última paradoja de la complejidad: el mal económico podría generar una mejora ecológica. ¿A qué costo? En cualquier caso, mientras nos hace mucho daño, el coronavirus nos dice verdades esenciales.

Política anticapitalista en la época de COVID-19

Por David Harvey

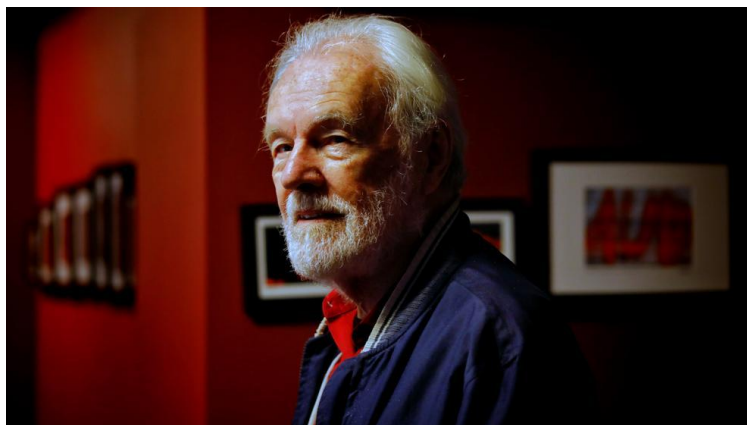
Traducido por Cecilia Mancuso

22 de marzo, 2020

A continuación, reproducimos un artículo escrito por el geógrafo marxista David Harvey, aparecido en la revista Jacobin de Estados Unidos. Como argumenta, “cuarenta años de neoliberalismo han dejado lo público totalmente expuesto y mal preparado para enfrentar una crisis de salud pública en la escala del coronavirus”

Cuando trato de interpretar, comprender y analizar el flujo diario de noticias, tiendo a localizar lo que sucede en el contexto de dos modelos distintivos acerca de cómo funciona el capitalismo, que al mismo tiempo se entrecruzan entre sí. El primer nivel, es un mapeo de las contradicciones internas de la circulación y acumulación de capital a medida que el valor del dinero fluye en busca de ganancias a través de los diferentes “momentos” (como los llama Marx) de producción, realización (consumo), distribución y reinversión. Este es un modelo de la economía capitalista pensada como una espiral de expansión y crecimiento sin fin. Se complica bastante a medida que se elabora a través de, por ejemplo, los lentes de las rivalidades geopolíticas, los desarrollos geográficos desiguales, las instituciones financieras, las políticas estatales, las reconfiguraciones tecnológicas y la red siempre cambiante de las divisiones del trabajo y de las relaciones sociales.

Sin embargo, concibo que este modelo se inscribe en un contexto más amplio de reproducción social (en los hogares y las comunidades), en una relación metabólica permanente y en constante evolución con la naturaleza (incluida la “segunda naturaleza” de la urbanización y el medio ambiente construido) y todo tipo de formaciones



culturales, científicas (basadas en el conocimiento), religiosas y sociales contingentes que las poblaciones humanas suelen crear a través del espacio y el tiempo. Estos últimos “momentos” incorporan la expresión activa de los deseos, necesidades y anhelos humanos, el ansia de conocimiento y significado y la búsqueda evolutiva de la satisfacción en un contexto de arreglos institucionales cambiantes, disputas políticas, enfrentamientos ideológicos, pérdidas, derrotas, frustraciones y alienaciones, todo ello en un mundo de marcada diversidad geográfica, cultural, social y política. Este

segundo modelo constituye, por así decirlo, mi comprensión de trabajo del capitalismo global como una formación social distintiva, mientras que el primero trata de las contradicciones dentro del motor económico que impulsa esta formación social a lo largo de ciertos caminos de su evolución histórica y geográfica.

EN ESPIRAL

Cuando el 26 de enero de 2020 leí por primera vez sobre un coronavirus que estaba ganando terreno en China, inmediatamente pensé en las repercusiones para la dinámica global de la acumulación de capital. Sabía por mis estudios sobre el modelo económico que los bloqueos y las interrupciones en la continuidad del flujo de capital darían lugar a devaluaciones y que, si las devaluaciones se generalizaban y eran profundas, eso indicaría el comienzo de las crisis. También era consciente de que China es la segunda economía más grande del mundo y que efectivamente había rescatado al capitalismo global después de 2007/2008, por lo que cualquier golpe a la economía de China tendría graves consecuencias para una economía global que, en cualquier caso, ya estaba en una situación muy grave. Me parecía que el actual modelo de acumulación de capital ya tenía muchos problemas. Movimientos de protesta en casi todas partes del mundo (desde Santiago hasta Beirut), muchos de los cuales denunciaban al modelo económico dominante que no funcionaba bien para la mayoría de la población. Este modelo neoliberal se basa cada vez más en el capital ficticio y en una vasta expansión en la oferta monetaria y la creación de deuda. Ya se enfrenta al problema de una demanda efectiva insuficiente para absorber los valores que el capital es capaz de producir. Entonces, ¿cómo podría el modelo económico dominante, con su legitimidad cuestionada/en declive y su delicada salud, amortiguar y sobrevivir a los inevitables impactos de lo que podría convertirse en una pandemia? La respuesta dependía en gran medida de cuánto tiempo podría durar y extenderse un trastorno de esta magnitud ya que, como señaló Marx, la devaluación no ocurre porque las mercancías no pueden venderse sino porque no pueden venderse a tiempo.

Hace tiempo había rechazado la idea de “naturaleza” como algo externo y separado de la cultura, la economía y la vida cotidiana. Adopto un punto de vista más dialéctico y relacional de la relación metabólica con la naturaleza. El capital modifica las condiciones ambientales de su propia reproducción, pero lo hace en un contexto de consecuencias no deseadas (como el cambio climático) y en el contexto de fuerzas evolutivas autónomas e independientes que van cambiando constantemente las condiciones ambientales. Desde este punto de vista, no existe un desastre verdaderamente natural. Sin dudas, los virus mutan todo el tiempo. Pero las circunstancias en las que una mutación se vuelve una amenaza mortal dependen de las acciones humanas.

Hay dos aspectos relevantes acerca de esto. Primero, las condiciones ambientales favorables aumentan la probabilidad de fuertes mutaciones. Es, por ejemplo, plausible esperar que los sistemas intensivos de suministro de alimentos en las áreas subtropicales húmedas puedan contribuir a esto. Estos sistemas existen en muchos lugares, incluida la China al sur del río Yangtze y el sudeste asiático. En segundo lugar, las condiciones que favorecen la rápida transmisión a través de los cuerpos anfitriones varían enormemente. Las poblaciones humanas de alta densidad parecerían ser un blanco fácil para los huéspedes. Es bien sabido que las epidemias de sarampión, por ejemplo, solo florecen en los grandes centros de población urbana, pero mueren rápidamente en las regiones poco pobladas. La forma en que los seres humanos interactúan entre sí, se mueven, se disciplinan u olvidan lavarse las manos afecta a la forma en que se transmiten las enfermedades. En los últimos tiempos el SARS, la gripe aviar y la gripe porcina parecen haber salido de China o del sudeste asiático. China también ha sufrido mucho de la peste porcina en el último año, lo que ha implicado la matanza masiva de cerdos y el aumento de los precios de la carne de cerdo. No digo todo esto para acusar a China. Hay muchos otros lugares donde los riesgos ambientales de mutación y difusión viral son altos. La Gripe Española de 1918 puede haber salido de Kansas y África puede haber incubado el VIH/SIDA y ciertamente inició el Nilo Occidental y el Ébola, mientras que el dengue parece florecer en América Latina. Pero los impactos económicos y demográficos de la propagación del virus dependen de las grietas y vulnerabilidades preexistentes en el modelo económico hegemónico.

No me sorprendió demasiado que COVID-19 se encontrara inicialmente en Wuhan (aunque no se sabe si se originó allí). Claramente, los efectos locales serían sustanciales y dado que este es un importante centro de producción, era muy probable que hubiera repercusiones económicas globales (aunque no tenía idea de la magnitud). La gran pregunta era cómo podría ocurrir el contagio y la propagación y cuánto duraría (hasta que se pudiera encontrar una vacuna). La experiencia anterior había demostrado que una de las desventajas de la creciente globalización es lo imposible que es detener una rápida propagación internacional de nuevas enfermedades. Vivimos en un mundo altamente conectado donde casi todo el mundo viaja. Las redes humanas de contagio potencial son vastas y abiertas. El peligro (económico y demográfico) era que un trastorno así durara un año o más.

Si bien hubo una desaceleración inmediata en los mercados bursátiles mundiales apenas apareció la noticia, sorprendentemente pasó apenas un mes o un poco más para que los mercados alcanzaran nuevos máximos. Las noticias parecían indicar una normalidad en los mercados en todas partes, excepto en China. La creencia parecía ser que íbamos a experimentar una repetición del SARS que resultó ser bastante rápidamente contenida y de bajo impacto global, a pesar de tratarse de una enfermedad de alta tasa de mortalidad y que creó, en retrospectiva un pánico innecesario en los

mercados financieros. Cuando apareció COVID-19, la reacción dominante fue presentarlo como una repetición del SRAS, mostrando que el pánico nuevamente era innecesario. El hecho de que la epidemia se haya desatado en China, que rápida y despiadadamente actuó para contener sus impactos, también llevó al resto del mundo a tratar erróneamente el problema como algo que sucedía solo “allá” y, por lo tanto, fuera su vista y mente/preocupación (acompañado por prejuicios xenófobos contra los chinos en ciertas partes del mundo). El pico del virus puso en la historia de crecimiento triunfante de China, fue incluso recibido con júbilo en ciertos círculos de la administración Trump.

Sin embargo, comenzaron a circular las noticias de interrupciones en las cadenas de producción globales que ocurrían en Wuhan. Estas fueron en gran medida ignoradas o tratadas como problemas para determinadas líneas de productos o corporaciones (como Apple). Las devaluaciones eran locales y particulares y no sistémicas. Las señales de caída de la demanda de los consumidores también se minimizaron, a pesar de que aquellas corporaciones, como McDonald's y Starbucks, con grandes operaciones dentro del mercado interno chino tuvieron que cerrar sus puertas allí por un tiempo. La coincidencia del Año Nuevo chino con el brote del virus enmascaró/ocultó los impactos durante todo enero. La complacencia con esta respuesta estuvo completamente equivocada.

La noticia inicial de la propagación internacional del virus fue ocasional y episódica con un brote grave en Corea del Sur y algunos otros puntos críticos como Irán. Fue el brote italiano lo que provocó la primera reacción violenta. La caída del mercado de valores que comenzó a mediados de febrero osciló algo, pero para mediados de marzo había provocado una devaluación neta de casi el 30 por ciento en los mercados de valores de todo el mundo.

La escalada exponencial de las infecciones provocó una variada gama de respuestas incoherentes y en su mayoría afectadas por el pánico. El presidente Trump realizó una imitación del rey Canute ante una potencial ola creciente de enfermedades y muertes. Algunas de las respuestas han sido extrañas. Hacer que la Reserva Federal redujera las tasas de interés frente a un virus parecía extraño, incluso cuando se reconoció que la medida tenía como objetivo aliviar los impactos en el mercado en lugar de frenar el avance del virus.

Las autoridades públicas y los sistemas de atención de salud quedaron pronto saturados e insuficientes. Cuarenta años de neoliberalismo en América del Norte y del Sur y Europa habían dejado lo público totalmente expuesto y mal preparado para enfrentar una crisis de salud pública de este tipo, a pesar de que los temores previos de SARS y Ébola proporcionaron abundantes advertencias y lecciones contundentes sobre qué era necesario hacer. En muchas partes del supuesto mundo “civilizado”, los gobiernos locales y las autoridades regionales, que invariablemente forman la primera línea de defensa y seguridad en emergencias de salud pública de este tipo, se vieron privadas de fondos

como consecuencia de una política de austeridad diseñada para financiar recortes de impuestos y subsidios a las corporaciones y los ricos.

La corporación Big Pharma tiene poco o nulo interés en la investigación no remunerativa sobre enfermedades infecciosas (como toda la clase de coronavirus que se conocen desde la década de 1960). Muy rara vez invierte en prevención y tiene poco interés en invertir en la preparación para afrontar una crisis de la salud pública. Eso sí, le encanta diseñar las curas. Cuantos más nos enfermamos, más aumentan sus ganancias. La prevención no contribuye ningún valor para las acciones. El modelo de negocios aplicado a la provisión de salud pública no cuenta con la capacidad de afrontar posibles contingencias económicas que serían necesarias en una emergencia. El campo de la prevención ni siquiera era un campo de trabajo lo suficientemente atractivo como para garantizar asociaciones público-privadas. El presidente Trump había recortado el presupuesto del Centro para el Control de Enfermedades y disolvió el grupo de trabajo sobre pandemias del Consejo de Seguridad Nacional con el mismo espíritu con que recortó todos los fondos de investigación, incluso sobre el cambio climático. Si quisiera ser antropomórfico y metafórico sobre esto, concluiría que COVID-19 es la venganza de la naturaleza por más de cuarenta años del maltrato grosero y abusivo de la naturaleza a manos de un extractivismo neoliberal violento y no regulado.

Quizás sea sintomático que los países menos neoliberales, China y Corea del Sur, Taiwán y Singapur, hayan superado la pandemia hasta ahora en mejor forma que Italia, aunque Irán desmentirá este argumento como un principio universal. Si bien hubo una gran cantidad de evidencia de que China manejó bastante mal el SARS, con mucho disimulo inicial y negación, esta vez el presidente Xi Jinping rápidamente se movió para exigir transparencia tanto en los informes como en las pruebas, al igual que Corea del Sur. Aun así, en China se perdió un tiempo valioso (en estos casos solo unos pocos días hacen la diferencia). Lo que fue notable en China, sin embargo, fue el confinamiento de la epidemia a la provincia de Hubei con Wuhan en su centro. La epidemia no se trasladó a Beijing ni al Oeste o incluso más al Sur. Las medidas tomadas para confinar el virus geográficamente fueron draconianas. Sería casi imposible replicarlas en otro lugar por razones políticas, económicas y culturales. Los informes que llegan de China sugieren que los tratamientos y las políticas fueron todo menos cuidadosos. Además, China y Singapur desplegaron sus poderes de vigilancia personal a niveles invasivos y autoritarios. Pero parecen haber sido extremadamente eficaces en conjunto, aunque si las otras medidas se hubieran puesto en marcha solo unos días antes, muchas muertes podrían haberse evitado. Esta es una información importante: en cualquier proceso de crecimiento exponencial hay un punto de inflexión más allá del cual la masa ascendente se descontrola por completo (observe aquí, una vez más, la importancia de la masa en relación con la tasa). El hecho de que Trump haya perdido el tiempo durante tantas semanas aún puede resultar costoso en vidas humanas.

Los efectos económicos están ahora fuera de control tanto dentro como fuera de China. Las perturbaciones que se produjeron en las cadenas de valor de las empresas y en ciertos sectores resultaron ser más sistémicas y sustanciales de lo que se pensaba originalmente. El efecto a largo plazo puede consistir en acortar o diversificar las cadenas de suministro y, al mismo tiempo, avanzar hacia formas de producción que requieran menos mano de obra (con enormes repercusiones en el empleo) y una mayor dependencia de los sistemas de producción con inteligencia artificial. La interrupción de las cadenas de producción conlleva el despido o la cesantía de trabajadores, lo que disminuye la demanda final, mientras que la demanda de materias primas disminuye el consumo productivo. Estos impactos en el lado de la demanda, por sí mismos, al menos, una leve recesión.

Pero las mayores vulnerabilidades existían en otros lugares. Los modos de consumismo que explotaron después de 2007-8 se han estrellado con consecuencias devastadoras. Estos modos se basaban en reducir el tiempo de rotación del consumo lo más cerca posible de cero. La avalancha de inversiones en estas formas de consumismo tuvo todo que ver con la máxima absorción de volúmenes de capital exponencialmente crecientes en formas de consumismo que tenían un tiempo de rotación lo más corto posible. El turismo internacional era emblemático. Las visitas internacionales aumentaron de 800 millones a 1.400 millones entre 2010 y 2018. Esta forma de consumismo instantáneo requería inversiones masivas de infraestructura en aeropuertos y aerolíneas, hoteles y restaurantes, parques temáticos y eventos culturales, etc. Este sitio de acumulación de capital está ahora muerto en el agua: las aerolíneas están cerca de la bancarrota, los hoteles están vacíos, y el desempleo masivo en las industrias de la hospitalidad es inminente. Comer fuera no es una buena idea y los restaurantes y bares han sido cerrados en muchos lugares. Incluso la comida para llevar parece peligrosa. El vasto ejército de trabajadores de la economía del trabajo o de otras formas de trabajo precario está siendo despedido sin ningún medio visible de apoyo. Eventos como festivales culturales, torneos de fútbol y baloncesto, conciertos, convenciones empresariales y profesionales, e incluso reuniones políticas en torno a las elecciones son canceladas. Estas formas de consumismo vivencial “basadas en eventos” han sido cerradas. Los ingresos de los gobiernos locales se han reducido. Las universidades y escuelas están cerrando.

Gran parte del modelo de vanguardia del consumismo capitalista contemporáneo es inoperante en las condiciones actuales. El impulso hacia lo que André Gorz describe como “consumismo compensatorio” (en el que se supone que los trabajadores alienados recuperan su espíritu a través de un paquete de vacaciones en una playa tropical) fue aplastado.

Pero las economías capitalistas contemporáneas están impulsadas en un 70 o incluso 80 por ciento por el consumismo. En los últimos cuarenta años, la confianza y el sentimiento del consumidor se han convertido en la clave la movilización de una demanda efectiva y el capital se ha vuelto cada vez

más impulsado por la demanda y las necesidades. Esta fuente de energía económica no ha estado sujeta a fluctuaciones salvajes (con algunas excepciones, como la erupción volcánica de Islandia que bloqueó los vuelos transatlánticos durante un par de semanas). Pero COVID-19 no está apuntalando una fluctuación salvaje, sino un choque todopoderoso en el corazón de la forma de consumismo que domina en los países más prósperos. La forma espiral de la acumulación de capital sin fin se está colapsando hacia adentro desde una parte del mundo a otra. Lo único que puede salvarla es un consumismo masivo financiado e inspirado por el gobierno, conjurado de la nada. Esto requerirá socializar toda la economía de los Estados Unidos, por ejemplo, sin llamarlo socialismo.

LA PRIMERA LÍNEA

Existe un mito conveniente de que las enfermedades infecciosas no reconocen las clases u otras barreras y límites sociales. Como muchos de esos dichos, hay una cierta verdad en esto. En las epidemias de cólera del siglo XIX, la trascendencia de las barreras de clase fue lo suficientemente dramática como para dar lugar al nacimiento de un movimiento por la salud pública (que se profesionalizó) que ha perdurado hasta nuestros días. Si este movimiento fue diseñado para proteger a todos o solo a las clases altas no siempre estuvo claro. Pero hoy en día la diferenciación de clase y los efectos e impactos sociales cuentan una historia diferente. Los impactos económicos y sociales se filtran a través de discriminaciones “tradicionales” que están en todas partes en evidencia. Para empezar, la fuerza de trabajo que se espera que se ocupe de los crecientes números de enfermos suele ser altamente tipificada por género, raza y etnia en la mayor parte del mundo. Se asemeja a la fuerza de trabajo que se encuentra en, por ejemplo, aeropuertos y otros sectores logísticos.

Esta “nueva clase obrera” está en la primera línea y soporta lo más duro de ser la fuerza de trabajo con mayor riesgo de contraer el virus a través de sus puestos de trabajo o de ser despedida sin recursos debido a la reducción económica impuesta por el virus. Existe, por ejemplo, la cuestión de quién puede trabajar en casa y quién no. Esto agudiza la división social, al igual que la cuestión de quién puede permitirse aislarse o ponerse en cuarentena (con o sin sueldo) en caso de contacto o infección. De la misma manera que aprendí a llamar a los terremotos de Nicaragua (1973) y Ciudad de México (1995) “terremotos de clase”, el progreso de COVID-19 exhibe todas las características de una pandemia de clase, de género y de raza. Si bien los esfuerzos de mitigación están convenientemente encubiertos en la retórica del “todos estamos juntos en esto”, las prácticas, particularmente por parte de los gobiernos nacionales, sugieren motivaciones más siniestras. La clase obrera contemporánea en los Estados Unidos (compuesta predominantemente por afroamericanos, latinos y mujeres asalariadas) se enfrenta a la fea elección entre contagiarse en nombre del cuidado y el mantenimiento de los lugares claves de provisión (como las tiendas de alimentos) o el desempleo sin prestaciones (como una atención médica

adecuada). El personal asalariado (como yo) trabaja desde casa y obtiene su salario como antes, mientras los directores de empresas vuelan en aviones privados y helicópteros.

Las fuerzas de trabajo en la mayor parte del mundo han sido educadas durante mucho tiempo para comportarse como buenos sujetos neoliberales (lo que significa culparse a sí mismos o a dios si algo sale mal, pero nunca atreverse a sugerir que el capitalismo podría ser el problema). Pero incluso los buenos sujetos neoliberales pueden ver que hay algo malo en la forma en que se está respondiendo a esta pandemia.

La gran pregunta es: ¿cuánto tiempo durará esto? Podría ser más de un año y cuanto más tiempo dura, aumenta la devaluación, incluyendo la de la fuerza laboral. Es casi seguro que los niveles de desempleo aumentarán a niveles comparables a los de la década de 1930 por la ausencia de intervenciones estatales masivas que tendrían que ir en contra de la naturaleza neoliberal. Las ramificaciones inmediatas para la economía, así como para la vida cotidiana social son múltiples. Pero no todos son malos. En la medida en que el consumismo contemporáneo se estaba volviendo excesivo, se acercaba a lo que Marx describió como “el superconsumo y el consumo insensato, llevados hasta lo descomunal y lo extravagante”, lo que caracteriza la caída de todo el sistema. La imprudencia de este consumo excesivo ha jugado un papel importante en la degradación del medio ambiente. La cancelación de los vuelos aéreos y el frenado radical del transporte y el movimiento han tenido consecuencias positivas con respecto a las emisiones de gases de efecto invernadero. La calidad del aire en Wuhan ha mejorado mucho, como también en muchas ciudades de Estados Unidos. Los sitios de turismo ecológico tendrán un tiempo para recuperarse de los pisotones. Los cisnes han regresado a los canales de Venecia. En la medida en que se frene el gusto por el sobre consumismo imprudente e insensato, podría haber algunos beneficios a largo plazo. Menos muertes en el Monte Everest podrían ser algo bueno. Y aunque nadie lo dice en voz alta, el sesgo demográfico del virus puede terminar afectando a las pirámides de edad con efectos a largo plazo sobre las cargas de la Seguridad Social y el futuro de la “industria de la salud”. La vida diaria se desacelerará y, para algunas personas, eso será una bendición. Las reglas sugeridas de distanciamiento social podrían, si la emergencia continúa lo suficiente, conducir a cambios culturales. La única forma de consumismo que casi con toda seguridad se beneficiará es lo que yo llamo la economía “Netflix”, que atiende a los “adictos a las series” de todos modos.

En el frente económico, las respuestas han sido condicionadas por la forma de éxodo del desplome de 2007-8. Esto implicó una política monetaria ultra laxa, junto con el rescate de los bancos, complementada por un aumento espectacular del consumo productivo por una expansión masiva de la inversión en infraestructuras en China. Este último no se puede repetir en la escala requerida. Los paquetes de rescate establecidos en 2008 se centraron en los bancos, pero también implicaron la nacionalización de facto de General Motors. Tal vez sea significativo que, ante el descontento de los

trabajadores y el colapso de la demanda del mercado, las tres grandes compañías automotrices de Detroit estén cerrando, al menos temporalmente.

Si China no puede repetir su papel de 2007-8, entonces la carga de salir de la actual crisis económica ahora se trasladará a los Estados Unidos y aquí está la ironía final: las únicas políticas que funcionarán, tanto económica como políticamente, son mucho más socialistas que cualquier cosa que Bernie Sanders podría proponer y estos programas de rescate tendrán que ser iniciados bajo la égida de Donald Trump, presumiblemente bajo la máscara de “hacer grande a Estados Unidos de nuevo”.

Todos aquellos republicanos que se opusieron tan visceralmente al rescate del 2008 tendrán que admitir que se equivocaron o desafiar a Donald Trump. Este último, si es sabio, cancelará las elecciones basado en la emergencia y declarará el origen de una presidencia imperial para salvar al capital y al mundo de los “disturbios y la revolución”.